

sona y el atrevimiento de los que aspiraban á deprimir y ajar la suprema autoridad de que estaba revestido, aludiendo sin disfraz al duque de Guisa, que en razon á su cargo, se hallaba sentado al pié de las mismas gradas del trono. Mas á pesar de este tono de acrimonia que respiró el discurso real, le respondió el arzobispo de Bourges en los términos mas respetuosos y sumisos, y la sesion terminó amistosamente, siendo el rey, tanto á la entrada como á la salida, objeto de respetuosos homenajes por parte de todos los individuos de los Estados generales.

Cualquiera que compare exactamente la fisonomía de aquella asamblea con la del mismo nombre reunida doscientos años despues y examine lo que en las dos fué deliberado, hallará muchos puntos de contacto, si se prescinde bien de la diferencia de los tiempos y sobre todo de la diversa índole y tendencia de opiniones. Hubo en ambas las mismas pugnas, las mismas discordias, las mismas desconfianzas: de la misma falta de sinceridad se acusaban las palabras de los dos monarcas, y para que sean mas los puntos de contacto entre ambas asambleas, haremos ver que en aquellos Estados generales, que hasta entonces no habian ejercido nunca mas que el derecho de peticion y súplica, promovieron la cuestion de si les competia tambien deliberar por sí mismos tomando la iniciativa en materias de política, haciéndose legisladores, es decir, adoptando en un todo los principios que en los gobiernos representativos se observan en el dia. La cuestion no tuvo resultado, ó por mejor decir le tuvo negativo. Los Estados se contentaron con pedir y suplicar, mas eran unas peticiones y unas súplicas que llevaban el aire de mandatos.

Bastaba esto, y aun sobraba, para hacer á los Estados generales objeto de ódio y de despecho para el rey de Francia. No habian producido efecto alguno las manifestaciones de su adhesion, de sus ardientes deseos de obrar en un todo segun las intenciones y principios de la santa liga. No habia sinceridad en sus palabras, y en caso contrario eran inútiles, por cuanto se tenian como un acto

de falsedad y disimulo. No es posible ser jefe de partido cuando no se adoptan los principios, cuando no se sienten las pasiones, cuando no se entra de lleno en los intereses de cuantos se alistan bajo sus banderas. Habia perdido Enrique III su prestigio, pues obraba en cierto modo como violentado. Habia sido uno de los jefes de los católicos en los campos de Jarnac y Montoncourt, sobre todo cuando las matanzas de agosto. Despues no era ya el mismo hombre á los ojos de la muchedumbre, sobre todo de los que tan hábilmente sabian dirigirla. Era el duque de Guisa la gran figura que oscurecia á la suya y totalmente la eclipsaba. El mismo ascendiente que ejercia en las calles de París, en los mercados, en las plazas, en la municipalidad, donde con amor y entusiasmo le señalaba todo el mundo, se hacia sentir en los Estados generales. A proporcion que se desplegaba el triunfo de este personaje se cubria el corazon del rey de negras nubes, y lo que con su sagacidad y conocimiento de los hombres habia profetizado el rey de España, llegó á verificarse; pero de un modo que Felipe II no podia preveer aun en medio de su suspicacia.

Se aglomeraba en los aires una tempestad que no dejaban de percibir los hombres que á fuer de imparciales se muestran mas observadores. Crecia el descontento del rey, quien todavia se lisonjeaba de ser popular en el partido dominante; tanto le cegaba el recuerdo de lo que habia sido en otro tiempo. Por otra parte el duque de Guisa, activo, impetuoso en el goce de su triunfo, no consideraba bastante la situacion del rey, ni el terreno que pisaba. Para arrostrar y humillar á Enrique III, habia hecho demasiado, para precaverse de los tiros de un rey irritado, apenas nada. Otro mas político, y sobre todo mas sagaz, hubiese ido al mismo objeto mostrándose mas sumiso, si se quiere, mas pequeño delante del monarca, hubiese tratado de ganar su confianza sin perder nada de su prestigio con el pueblo. Mas Enrique de Lorena era demasiado activo, todavia dema-

siado mozo para disfrazar sus sentimientos, para no mostrarse á los otros tal cual él mismo se miraba. En vano le advirtieron algunos amigos que anduviese mas cauto, pues todavía no ejercia en realidad el poder supremo á que aspiraba. Los mismos consejos le daba por medio de su embajador Felipe II, quien desde su gabinete del Escorial sabia lo que pasaba en Blois mejor que Guisa mismo. Mas fueron inútiles estas advertencias con un hombre fascinado de su prosperidad que no creia necesitar ninguna de las artes de disimulo, solo propias en su opinion de cortesanos subalternos.

Llegaron en fin las cosas á un punto en que Enrique III despedido de su situacion, desesperanzado de ejercer en los Estados el ascendiente que su elevado puesto reclamaba, indignado cada vez mas contra el de Guisa que se le presentaba como un rival odioso, como un obstáculo insuperable al ejercicio en lleno de su autoridad, creyó que ya no habia para él otro recurso que deshacerse de su persona á cualquier precio. Era la lógica de los partidos, de las facciones de aquel tiempo. Eran principios demasiado comunes que entraban en la educacion de los personajes poderosos y por desgracia en la de los mismos reyes que se creian dueños de las vidas de sus súbditos. Concibió, pues, Enrique III el plan de asesinar al duque de Guisa sin hacerse el cargo de que ademas de una enorme atrocidad, era en él un insigne desacierto, pues habiendo perdido su prestigio por las causas ya indicadas, era imposible recobrar esta fuerza moral á espensas de un bajo asesinato. Mas como quiera que sea, concibió este plan atroz, le maduró en su mente por algunos dias, le consultó sin duda con los mas íntimos de su Consejo privado de quienes obtuvo aprobacion, y con la mayor sangre fria y no poca habilidad dispuso todas las cosas necesarias para llevarle á efecto. El 23 de diciembre del mismo año de 1588, dió orden á los principales señores, entre los que se hallaba la mayor parte de sus consejeros privados, de que á las ocho

de la mañana se presentasen en palacio para acompañarle á una casa de campo donde pensaba entretenerse el resto de aquel dia. Al mismo tiempo citó á los cuarenta y cinco oficiales de su guardia ordinaria para que se le presentasen entre cuatro y cinco. Se acostó á las diez de la noche sin dar parte á nadie de su resolucion: se levantó al dia siguiente 24 á las cuatro de la mañana, bajó solo sin hacer ruido alguno á la habitacion donde se fueron reuniendo poco á poco los cuarenta y cinco, y en seguida los condujo á diferentes habitaciones secretas donde debian esconderse para acudir en seguida donde fuese necesario. Despues de haberlos enseñado los diversos aposentos, volvió con ellos á la primera habitacion donde los habia encontrado reunidos y les dijo que le aguardasen, mientras él pasó á la sala donde ya se habian juntado la mayor parte de los miembros del Consejo. Allí les expuso en términos patéticos la cruel situacion en que le habia puesto el orgullo y la insolencia de un súbdito que no solo queria hombrear sino sobreponerse á su mismo soberano: que harto bien sabidos eran los agravios y hasta los ultrajes que habia recibido su persona de todos los miembros de la casa de Lorena, sobre todo del duque de Guisa: que eran públicos sus esfuerzos para desautorizarle á los ojos de los Estados generales: que era imposible que estos atentados dejasen de proceder de un plan vasto de conspiracion tramado contra su corona y hasta su existencia, por lo cual no le quedaba ya mas medio que deshacerse á cualquier costa de un rival tan poderoso: que esperaba por lo mismo que los individuos que tantas pruebas le habian dado de fidelidad le ayudasen en tan justa empresa, y continuasen defendiendo su autoridad contra cuantos quisiesen abatirla y mancillarla. Respondieron los del Consejo alabando la resolucion del rey ensalzando su longanimidad por haber sufrido hasta entonces tantas ofensas sin tratar de castigarlas, y que en todas ocasiones podia contar el rey con su fidelidad en sostener la dignidad de su corona. Despues de tener el

asentimiento de sus consejeros, volvió á la sala donde estaban los cuarenta y cinco, á quienes arengó en el mismo sentido, pero con frases mas acaloradas. Les dijo que los habia escogido por instrumento de su justicia que reclamaba un castigo sangriento en el duque de Guisa, enemigo de su persona y de su trono: que fiaba por lo mismo al arrojo de su corazon y fuerza de su brazo el justo desagravio de su rey tan ultrajado. Un grito de entusiasmo y de furor fué la respuesta de aquellos oficiales de su guardia. Todo juraron lavar las ofensas del rey con la sangre de los Guisas. Preguntó entonces el monarca cuántos de ellos iban armados de puñal y habiéndose encontrado que eran ocho, los situó el rey en la antesala de su gabinete, mandando á los demas que se retirasen á sus cuartos reservados.

Amanecia mientras tanto, y el rey se retiró á su cámara. Para las ocho estaban citados los miembros del Consejo. A cada momento esperaba el rey la llegada de los Guisas. Se presentó primero el cardenal en la gran sala del Consejo. Poco despues entró en ella el duque de Guisa, que segun las memorias de aquel tiempo, habia pasado la noche con una de las principales damas de la corte. Sabedor el rey de su llegada, le envió un recado para que pasase á conferenciar con él algunos momentos á su gabinete. En virtud de esta orden dejó el de Guisa la sala del Consejo y se dirigió al cuarto del rey sin sospechar el lazo que le estaba armado, mas tampoco ajeno totalmente de recelo, pues en aquellos tiempos de disensiones y de agravios mútuos, las cosas al parecer mas indiferentes eran objeto de suma desconfianza. Se presentó, pues, el duque en la antesala del gabinete del rey, y los asesinos que en ella le aguardaban se levantaron con respeto saludándole en silencio. Mas al llegar el duque á la puerta del despacho, en el acto de levantar la cortina que le cubria, se echaron sobre él, pues era esta la seña convenida. Embarazado el de Guisa con su capa, sin poder hacer uso de su espada, cayó al suelo

no sin forcejear antes con gran violencia contra los ocho hombres que en distintos sentidos le clavaron sus puñales. Concluido el acto, abrió el rey la puerta del gabinete, y habiendo contemplado el espectáculo, mandó á sus asesinos que le registrasen, y sin pasar adelante volvió á meterse en su despacho. Respiraba el duque todavía, y articulando gemidos sordos que se oyeron en los cuartos inmediatos, espiró al fin despues de dos horas de agonía. No se encontraron en sus bolsillos mas papeles que uno sumamente corto, donde estaba escrito por via de nota: «setecientas mil libras se necesitan cada mes para los gastos de la guerra.» Despues de despojado de sus vestidos, mandó el rey que quemasen su cadáver, lo que fué hecho inmediatamente en uno de los patios escusados de palacio. Despues fueron arrojadas al Loira sus cenizas.

Así murió el jefe de la casa de Guisa; el caudillo de la liga católica; el Macabeo de la Iglesia, pues con tal título le designaba su partido; el hombre mas popular de Francia en dicha época. No desmentia Enrique de Lorena la raza de hombres esforzados y hasta de héroes de que descendia. Valiente soldado, entendido capitán, ambicioso en extremo, arrojado y audaz segun las circunstancias exigian, espléndido y generoso en todo, afable con el pueblo y con los de su parcialidad, enemigo encarnizado, nada avaro de sangre cuando era preciso derramarla, fanático por la religion de quien se decia apoyo, poseia todas las cualidades de jefe de partido en aquellos tiempos de revueltas y de convulsiones. Sin embargo, no tuvo toda la prudencia, la circunspeccion, y si se quiere el disimulo profundo que distingue á los hombres grandes en política. Fué atrevido, mas no lo bastante para consumir un triunfo tan felizmente principiado. Se entregó en cierto modo en manos de su enemigo sin haberle totalmente desarmado. Contó demasiado con el favor y apoyo de su parcialidad, sin acordarse que Enrique III era todavía rey de Francia. Le pareció por en-

tonces bastante humillar al rey, no haciéndose cargo de que le reducía al extremo de pensar en deshacerse de su rival á toda costa. Hizo, pues, mucho para ser objeto de temor, mas demasiado poco para dejar de temer á su enemigo. Fué en todo heredero de su padre; en la grandeza como en su fin trágico. Sin embargo, no era tal vez hombre de tan vasta capacidad en materias de gobierno. Dejó sin duda fama de menos capitán por falta de igual teatro en que lucir sus talentos militares.

No se limitó el golpe de estado de Enrique III al asesinato del duque de Guisa. También alcanzó su rigor á su hermano el cardenal y á otros mas de la familia. Llegaron á los oídos del cardenal, hallándose en la sala del Consejo, los gritos que al caer bajo los golpes de los asesinos dió su hermano. En el acto de correr á socorrerle fué preso por orden del rey y conducido como tal á su casa en compañía del arzobispo de Lyon, que también había incurrido en el odio del monarca. Vaciló éste al principio sobre la suerte que le reservaría: al fin se decidió por la que había cabido á su hermano. Le envió á llamar á palacio por medio de dos de los cuarenta y cinco ya citados. Obedeció la orden el cardenal con el presentimiento del golpe fatal que le estaba destinado. No le engañaron sus pronósticos, pues le aguardaban en la misma antesala los que dos días antes habían teñido sus puñales en la sangre del duque de Guisa. Los otros hermanos se pusieron á salvo escondiéndose unos y apelando otros á la fuga. También fué quemado el cadáver del cardenal y arrojadas al Loira sus cenizas.

No contento el rey con estos actos de rigor, ó por mejor decir de violencia sanguinaria, mandó arrestar á todos los individuos de los Guisas que pudo haber á las manos, al cardenal de Borbon y á los miembros de la municipalidad de París, mas conocidos por su exaltación política, por la conducta que contra su autoridad real habían observado en los Estados generales.

Cometió el rey de Francia con estos atropellos un

acto de barbarie propio de aquellos tiempos, en que se empleaba la acción del puñal como el último argumento. Pero mas que barbarie fué un enorme desacierto. Creyó dar un golpe grande de política deshaciéndose de un súbdito atrevido, cortando con la prisión de los otros demagogos todas las cabezas de la hidra. Mas no contó con que á un hombre como él, perdido en la opinión del partido dominante, no había ya medios de recobrar la fuerza moral de que se había despojado él mismo por su falta de carácter é indolencia; no contó con que al partido fanático no le faltarian jamás cabezas atrevidas y ambiciosas que quisiesen marchar por las huellas del caudillo ya difunto; no calculó que con tan vil asesinato iba á confirmar las acusaciones de los que con tan negros colores le designaban á los ojos de la muchedumbre. «Ya por fin soy rey de Francia, dijo Enrique á su madre después de perpetrados estos actos de venganza; ya no tengo compañero.» «¿Qué has hecho, hijo mio? respondió Catalina: quiera Dios te salga bien: ¿mas al menos, has dado órdenes para la seguridad de las ciudades principales, sobre todo de Orleans? Si no lo has hecho, no te descuides un momento, pues de lo contrario tendrás mucho que sentir; no dejes sobre todo de dar parte de lo que pasa al legado del Papa por medio del cardenal de Gondi.» La reina madre conocía mejor los hombres y las cosas que su hijo. Mientras Enrique se creía dueño y árbitro de los estados de Blois, resonaba el asesinato de los Guisas en todos los ángulos de Francia.